

Francesc de B. Moll, un ejemplo

El sábado fue homenajeada "una de las figuras intelectuales más importantes de nuestro tiempo", según palabras del Rector de la Universidad de Barcelona Dr. Estapé, y esta personalidad que ha provocado un reconocimiento ecuménico de sus extraordinarios valores, según palabras del mismo Rector, es un menorquín nacido en Ciudadela en 1903, Francesc de Borja Moll i Casanovas.

El acto consistió en su investidura de Doctor Honoris Causa, con el tradicional protocolo de las grandes solemnidades académicas, en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona, ceremonial del cual publicamos en estas páginas amplia reseña de nuestro corresponsal en la capital catalana Pau Camps.

El hecho de que un menorquín reciba tan alta y honrosa distinción es ya de por sí motivo de satisfacción para todos los isleños, pero en este caso particular nuestra alegría es mucho mayor que en otros casos, por la gran admiración que sentimos hacia su persona la cual debe servirnos un poco de modelo a todos los menorquines.

La obra de Francesc de Borja Moll es enorme, solo el "Diccionario catalá-valenciá-balear" es el fruto de una labor benedictina que asombra haya podido llevarla a cabo un solo hombre, en gran parte. Iniciado por Antonio María Alcover, en 1920 Moll entró a trabajar en tan colosal empresa y en 1932 se hizo cargo de la dirección que ha llevado hasta ver coronado este magno monumento a nuestra lengua que hoy es obra de consulta obligada en todas las Facultades de filología románica de todo el mundo, por la autoridad de que goza, gracias al rigor intelectual que ha presidido su redacción.

Además ha publicado otras obras de filología, gramática y biografía, entre las que destacan la de su maestro y predecesor Antonio María Alcover "Un home de combat" y su propia autobiografía, libro delicioso que refleja exactamente su personalidad y obliga a leerlo de un tirón.

Otras plumas ilustres de nuestras Letras se ocuparán más extensamente de su obra y su personalidad, pero no podemos dejar de dedicar un comentario al hombre que puede y debe servirnos de ejemplo.

Resalta en él su constancia en el trabajo, su amor a la obra bien hecha y su resistencia al desaliento. Ha desarrollado su labor con pocos medios, circunstancias adversas y casi nulas ayudas, pero nunca desfalleció, ni siquiera en los más difíciles momentos para nuestra lengua en los que no se publicaron más libros en catalán que los de la Editorial Moll. Fácil le hubiese sido, con sus vastos conocimientos, emprender otros caminos para sacar adelante a su numerosa familia y situarse comodamente, pero prefirió la senda difícil y sacrificada de la fidelidad a su tierra y al sentir de su pueblo expresado a través de la Lengua. Para otros ello hubiese significado ayer un drama y hoy una vanagloria, pero en la humildad e innato optimismo de Moll no caben ni lo uno ni lo otro. Como él dice, trabaja porque le gusta y su única diversión es el trabajo.

Hay algo aún más admirable en el indiscutible patriarca de nuestras Letras, su extraordinario carácter alegre y confiado, dotado como nadie para el diálogo que jamás llega a discusión y para usar con paciencia las posibilidades de cada momento en la andadura hacia el noble fin propuesto y mantenido hasta el fin con la ilusión de un corazón joven.

Su testimonio ha sido fecundo para la actual "renaixença" en nuestras Islas y su obra ha quedado incorporada a la cultura universal, pero su innata sencillez impidió que brillara su valía como debía entre nosotros y han sido los de fuera quienes nos han hecho caer en la cuenta de los grandes merecimientos de nuestro paisano que lleva más de cincuenta años trabajando incansablemente sin darle importancia a la cosa.

La Universidad de Basilea le investió Doctor Honoris Causa; en Perpignan le otorgaron el Premio del Presidente de la República Francesa; en Barcelona le honraron con el Premio de Honor de las Letras Catalanas; el Institut d'Estudis Catalans le concedió el Premio de Filología tres años seguidos y la Real Academia de la Lengua se ha unido al homenaje tributado en Barcelona a través de su Presidente don Dámaso Alonso y su Secretario don Alonso Zamora Vicente.

El verano pasado, nuestro Rey, entonces Príncipe Juan Carlos, invitó a una cena en su palacio Miravent de Palma a veinte personas representativas de la vida mallorquina en todos los terrenos, cultural, económico, social, profesional... y puede decirse que el centro de tan importante reunión social fue Francesc de Borja Moll que conversó extensamente sobre nuestra cultura con el que hoy es nuestro Monarca. Ha sido casual, porque la investidura ha tenido que aplazarse en dos ocasiones a causa de imponderables, que haya recibido la birreta de Doctor al comienzo de su reinado.

Sean nuestras últimas palabras de cordial felicitación para el nuevo doctorado "laboris causa", como él dijo en el acto de investidura y de recuerdo para los demás sobre la vida de este menorquín que en tantos aspectos puede servirnos de ejemplo.